

Cuerpos al margen: violencia simbólica y discursos en torno al consumo de pasta base de cocaína en Quito

Bodies on the margins: Symbolic violence and discourses surrounding cocaine base paste consumption in Quito

Ana Guerrón Villaverde¹  

¹ Universidad de Coimbra - PORTUGAL

DOI: <https://doi.org/10.26807/raci.V31.2025.371> | Páginas: 23-41

Fecha de envío: 02-10-2025 | Fecha de aceptación: 22-10-2025 | Fecha de publicación: 31-12-2025

Resumen

En este artículo se analizan los mecanismos a través de los cuales se mantiene la violencia simbólica entre personas que consumen pasta base de cocaína (PBC). Para ello, utilizo el Análisis Crítico del Discurso (ACD) y comparo tres tipos de textos con discursos que representan a la persona consumidora de PBC, enfocándome sobre todo en los imaginarios que giran en torno al cuerpo y la corporalidad. Busqué reconocer un tipo de discurso más oficial al usar textos de artículos de prensa y guías elaboradas por el CONSEP (la institución gubernamental que estuvo encargada del control y la prevención del uso de sustancias estupefacientes); y aquellos que representaron el discurso no oficial, textos de entrevistas realizadas a personas consumidoras de PBC. En todos estos discursos me interesaba encontrar elementos comunes de cómo eran imaginados sus cuerpos y las corporalidades. Concluyo que existe un “reciclaje discursivo”, en el que muchas de las representaciones oficiales que posicionan a las personas consumidoras como víctimas, enfermas, delincuentes o en lo más bajo de la jerarquía social son reutilizadas y aceptadas, muchas veces, por los/as mismos/as consumidores/as de PBC. Este reciclaje muestra una internalización de estos discursos, se establecen como un destino ineludible. Así, quienes consumen naturalizan y se vuelven partícipes de la violencia simbólica en la que están inmersos, perpetuando la marginalidad y reproduciendo la exclusión de la que son sujetos.

Palabras clave: Consumo de drogas, análisis crítico del discurso, violencia simbólica, cuerpo, corporalidad, imaginarios, marginalidad.

Abstract

This article analyzes the mechanisms through which symbolic violence is maintained among people who use cocaine base paste (CBP). To do so, I use Critical Discourse Analysis (CDA) and compare three types of texts with discourses that represent CBP users, focusing primarily on the imaginaries that revolve around the body and corporeality.

I sought to identify a more official type of discourse by using texts from press articles and guides produced by CONSEP (the now extinct government institution that was responsible for the control and prevention of narcotic substance use); and those that represented unofficial discourse, texts from interviews with PBC users. In all these discourses, I was interested in finding common elements in how their bodies and corporeality were imagined.

I conclude that there is a “discursive recycling” in which many of the official representations that

position consumers as victims, sick, criminals, or at the bottom of the social hierarchy are reused and accepted, often by PBC consumers themselves. This recycling shows an internalization of these discourses, which are established as an inescapable fate. Thus, those who consume naturalize and become participants in the symbolic violence in which they are immersed, perpetuating marginalization and reproducing the exclusion to which they are subjected.

Keywords: Drug consumption, critical discourse analysis, symbolic violence, body, embodiment, social imaginaries, marginality.

Introducción

Este artículo parte de mi trabajo de tesis de maestría titulado “Discursos en torno al cuerpo de los jóvenes consumidores de pasta base de cocaína en Quito” (Guerrón, 2016), en el cual realicé un análisis crítico del discurso mediante la comparación de tres tipos de textos relacionados con personas jóvenes consumidoras de pasta base de cocaína (PBC). Concluí que los discursos, además de contribuir a la construcción de imaginarios¹, también afectan directamente al cuerpo, corporalidad y prácticas de quienes consumen pasta base de cocaína (PBC) en Quito. Durante la realización de esa investigación, tanto a nivel teórico como durante el trabajo de campo, siempre estuvo presente y de manera determinante el tema de la violencia, de ahí que me haya interesado tratarlo específicamente en este artículo y que mi objetivo sea conocer cómo se expresa y mantiene la violencia simbólica en el contexto de marginalidad de las personas consumidoras de PBC.

Aún si mi trabajo de tesis fue realizado en el año 2015 usando datos recolectados intermitentemente a través de los años (2006-2015) y es posible que los discursos actuales varíen, confío en que el análisis y las conclusiones teóricas continúan siendo muy relevantes para la exploración del tema del consumo de sustancias. De esta manera, los textos analizados provienen del periódico El Comercio (prensa); de lo que fue el Consejo Nacional de Control de Sustancias Estupefacientes y Psicotrópicas CONSEP (institución estatal) y finalmente de grupos focales, entrevistas grupales e individuales a personas consumidoras. Sobre estos últimos datos quisiera aclarar que mi trabajo no fue un análisis diacrónico y que más bien busqué identificar discursos recurrentes que evidenciaban la persistencia de algunos imaginarios. La idea principal de este artículo es que los discursos oficiales (representados por el CONSEP y El Comercio) y aquellos no oficiales (de los consumidores de PBC) tienen elementos en común que son expresados en la representación de la persona consumidora y que, además, la legitiman como un cuerpo excluido. Estas representaciones serían internalizadas por las personas consumidoras, quienes no solo se someterían, sino incluso contribuirían a perpetuar su marginalidad mediante mecanismos de violencia simbólica.

En mi trabajo de tesis realicé un ejercicio de comparación entre varios tipos de discursos que analicé en torno al tema del cuerpo y la práctica de consumo, utilizando la metodología del análisis crítico del discurso (ACD), que propone entender los hechos discursivos conectados a los procesos sociales

¹Uso este concepto de acuerdo con Castoriadis, según quien los imaginarios sociales son procesos de creación de significaciones de cada sociedad, que a su vez fabrican esquemas que condicionan la manera de representar (Cabrera, 2004, p. 7). Los imaginarios “crean un mundo propio para la sociedad considerada, son en realidad ese mundo (...). Crean así una ‘representación’ del mundo, incluida la sociedad misma y su lugar en ese mundo” (Castoriadis, 1997, p. 9). Además de aglomerar significaciones también dan sentido.

y a las relaciones de poder (Pardo, 2002, p. 23). Para Theo van Leeuwen, también es necesario mirar al contexto cuando se realiza un ACD, por eso entiende el discurso como una práctica social recontextualizada y, por tanto, “todos los textos, todas las representaciones del mundo y lo que está pasando en él, por abstractas que éstas sean, deberían ser interpretadas como representaciones de prácticas sociales” (van Leeuwen, 2008, p. 5). Una práctica social puede ser representada de diversas maneras según el contexto (recontextualización) y al hacerlo se la resignifica, se la transforma. Metodológicamente, el proceso del ACD propuesto por van Leeuwen plantea la distinción de participantes, acciones, modos de ejecución, entre otros elementos, que permiten involucrarse y comprender la práctica social.

En este artículo realizaré mi análisis desde el enfoque de la violencia simbólica y la marginalidad. Para ello, trataré brevemente los principales conceptos teóricos con los cuales examinaré los resultados de mi tesis. Luego, distinguiré cuáles son los elementos relacionados con la marginalidad que parten del discurso oficial y se reciclan en el discurso de los consumidores. Esto me permitirá esquematizar de manera general, cuál es la representación que se ha naturalizado alrededor de los consumidores y su práctica. Espero, de esta forma, entender cómo los consumidores de PBC son partícipes de la violencia simbólica, expresada y mantenida en la marginalidad en la que se encuentran.

Los textos analizados provienen, como ya he mencionado, de tres fuentes. Una es el CONSEP, con documentos oficiales de prevención, informes estadísticos y una guía escrita para los técnicos de esa institución, todos publicados hasta el año 2013. Elegí estos textos ya que en aquel entonces eran los documentos que mejor permitían acercarse a la manera en la que se ejercía la política sobre consumo de drogas en el Ecuador.² Otra fuente fueron los artículos de prensa, que según van Dijk, “contribuyen [...] a la reproducción del poder en la sociedad” (2007, p. 179).³ Más específicamente, son seis artículos de El Comercio,⁴ publicados entre el 2010 y el 2015, que trataban el tema desde su aspecto social y no relacionado con el narcotráfico. Finalmente, están los textos de vivencias, percepciones y trayectorias del consumo que contienen los discursos de los y las consumidoras de PBC y que crean contraste con los discursos oficiales.⁵

Claves teóricas para comprender el consumo de drogas: cuerpo, *habitus* y violencia simbólica

Como antecedente para estudiar el tema del consumo de drogas es fundamental entenderlo no solo como una dependencia psicológica sino también como una práctica ligada a una serie de factores sociales y estructurales que, por cierto, son los que me interesan en este artículo. Escohotado

2 Durante el gobierno de Lenin Moreno, esta institución que ya se había transformado en la Secretaría General Técnica de Drogas (SETED) fue eliminada. Actualmente, el Ministerio del Interior asumió algunas de sus funciones, sobre todo en temas de control, vigilancia y denuncia. En este ensayo no se tomarán en cuenta estos cambios, sino los documentos que fueron publicados por la institución hasta el 2013. Al respecto, sería muy interesante y queda pendiente analizar diacrónicamente cómo han influido este cambio de instituciones y políticas sobre los discursos de quienes consumen sustancias ilícitas.

3 El autor citado dice que “las estructuras de la sociedad, la postura de las instituciones noticiosas que están dentro del orden dominante y las prácticas periodísticas de elaboración de noticias están todas entrelazadas intrínsecamente” (van Dijk, 2007, p. 179).

4 Aunque este medio en aquel entonces no era el de mayor tiraje, fue elegido porque era el único que tenía artículos que se alejaban de una perspectiva sensacionalista o exclusivamente relacionada con el narcotráfico. Además, tenía una amplia cobertura y trayectoria en Quito. Actualmente, este medio ya no tiene una versión física, estuvo inactivo durante una larga temporada y ha retomado una presencia digital.

5 Estos textos fueron entrevistas grupales y grupos focales (2006, 2012 y 2015) hechas a jóvenes residentes en el norte de Quito, en su mayoría de clase socioeconómica baja, consumidores de pasta base de cocaína de entre aproximadamente 15 y 45 años, que tuvieron o tenían en aquel entonces una relación cercana con esta droga, así como una trayectoria de consumo. Las entrevistas del 2015 las realicé en el barrio de La Mariscal (Quito) con jóvenes que estaban en situación de calle en ese momento o habían estado en el pasado. Los grupos focales y las entrevistas grupales estaban compuestos exclusivamente de hombres cuyas edades variaban entre los 15 y 45 años y se realizaron en centros de rehabilitación (en el año 2006) en el marco de una investigación llevada a cabo por la PUCE y FIUC como prospección para el diseño de un proyecto de investigación. Estos centros tenían un bajo costo y un enfoque religioso como parte del proceso de rehabilitación. Los participantes fueron muy abiertos y fluidos para participar, seguramente por la dinámica terapéutica en la cual estaban involucrados, de ahí que, aunque me refiero a la técnica de investigación usada en general como grupos focales, en muchos casos fueron más entrevistas grupales, conformadas por pocos participantes y en las que hubo tiempo para detenerse en el relato personal de cada participante.

(1995, 2004a, 2004b) por ejemplo, plantea que la relevancia, el uso y la valoración de cada droga están íntimamente atadas a un proceso histórico y cultural y, por lo tanto, varía según el grupo social y su estructura. Este planteamiento da pie a una serie de consideraciones necesarias para este análisis, ya que permite entender este fenómeno situado desde un contexto específico y no desde una generalización en la que se aceptaría que el consumo de una u otra droga es igual para todas las personas. Varios/as autores/as (Álvarez, 2014; Andrade, 1992; Ayerbe & Salao, 2008; Epele, 2010; Guerrero, 1998; Guerrón, 2012; Sepúlveda, 1997; Tenorio, 2002) que han investigado el tema en América latina incluso plantean que el uso de drogas se convierte en un punto de socialización, encuentro y de construcción de cuerpos e identidades al ser sustancias que proveen de sentidos y experiencias comunes a quienes las consumen. Entender el consumo ya no como una acción deliberada, irracional, ni como la mera satisfacción de un deseo, sino como un escenario desde el cual se construye subjetividad permite alejarse de un enfoque que solamente *fetichiza* la sustancia para darle más agencia a quien consume y entender la problemática desde dimensiones múltiples.

Aquí conviene adentrarse en la categoría del cuerpo, considerada no solo desde los aspectos biológicos, sino simbólicos. Como plantea Le Breton, el cuerpo es “el soporte material, el operador de todas las prácticas sociales y de todos los intercambios entre los sujetos” (1995, p. 122), es moldeado también a través de la socialización, de la relación que mantenemos con los otros. De la misma forma se construye su dimensión simbólica: la corporalidad, que engloba los estados emocionales, los sentimientos, las percepciones y autopercepciones, lo que nos permite tener conciencia de sí mismos (Pedraza, 2004, pp. 66-67). El cuerpo entonces es productor de sentido, de discursos, de representaciones e imaginarios que permiten al sujeto interactuar y [a la vez] construir su identidad dentro de un grupo social (Guerrón, 2016, p. 18). Para Epele (2010) la construcción de los cuerpos de consumidores de drogas, su autopercepción y los imaginarios sobre su cuerpo, también está atravesada por cambios económicos, de poder y de políticas específicas (2010, p. 149). Epele dice que en el caso de consumidores de PBC en Buenos Aires, sus cuerpos los excluyen de la mirada de los otros, los vuelven “muertos vivos”: “los jóvenes adolescentes tienen estados corporales y subjetivos que conmueven de tal modo la dignidad y el respeto, que modifican su reconocimiento por parte de otros como seres humanos” (Epele, 2010, p. 251).

Al entrelazar las variables de consumo de drogas y construcción del cuerpo, me parece conveniente usar el concepto de *habitus* de Bourdieu para comprender mejor esta relación, sobre todo porque sintetiza lo planteado. Para él, los *habitus* son “sistemas de *disposiciones* duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones” (Bourdieu, 2007, p. 86). Los *habitus*, por ejemplo, formas de pensar, de sentir, etc. se van adquiriendo y perduran y, además, reflejan la estructura social en la cual fueron adquiridos, la reproducen y organizan las prácticas y maneras de ver el mundo cotidianas- El *habitus* funciona como una especie de “sentido común” que se forma en condiciones específicas asociadas a una clase social determinada (Bourdieu, 2007, p. 86). Se aprenden, expresan e incorporan a través del cuerpo. Generan nuevas prácticas, pero también reproducen una estructura, son una “matriz de percepciones, de apreciaciones y de acciones” (Bourdieu, 2012, p. 205).

Así, la experiencia del consumo de drogas también se integra al *habitus*, pasa a ser parte del

cuerpo no solo física sino también simbólicamente. Consumir no es una mera reacción a un estímulo, “la acción misma del consumo de drogas no es dada al azar sino que atraviesa [y parte de] subjetividades y materialidades” (Guerrón, 2016, p. 14). Es, además, una experiencia moldeada y legitimada por discursos sociales y ciertas estructuras de poder. Bourdieu plantea que hay discursos “simbólicamente eficientes” (Bourdieu, 1997, p. 114) que son llevados por personas e instituciones con alguna autoridad que exponen y determinan cómo debe ser una realidad social. Este tipo de discursos son significativos ya que constituyen un mecanismo del poder simbólico⁶ para reproducir la violencia simbólica. Según Bourdieu, ésta es una forma de dominación que cuenta con la complicidad del agente social sobre quien se ejerce, “se refiere a las formas sutiles y a menudo inadvertidas en que el poder y el dominio se ejercen a través de medios culturales y simbólicos, en lugar de mediante la fuerza física o el control social directo y coercitivo”⁷ (Elgindy & Sanchez, 2025, p. 436). Este tipo de violencia normaliza la desigualdad como el orden natural del mundo al establecer jerarquías.

Muy relacionada con el tema está la teoría del “abuso lumpen”, pertinente para este caso y que también tiene como base el concepto de violencia simbólica, cuyos mecanismos que operan a “niveles estructurales, simbólicos, cotidianos e íntimos”, llevan a quienes están en una posición de subordinación a “culparse a sí mismos por su ubicación en las jerarquías de la sociedad” (Bourgois & Schonberg, 2009, p. 17). Sin embargo, para Bourgois, el consumo de drogas no es la causa de los problemas de los barrios marginales de Estados Unidos, sino una manifestación de problemas mayores y estructurales. La adicción, dice, “no es más que un medio por el cual las personas en estado de desesperación interiorizan sus frustraciones, su resistencia y su sensación de impotencia” (Bourgois, 2010, p. 334). Tampoco se trata de posicionar como víctimas a quienes consumen, ya que eso sería considerarlos como personas sin agencia y borrar sus trayectorias e historias de vida, sino de entender que la experiencia del consumo problemático muchas veces está enlazada a niveles terribles de angustia en personas que están en riesgo, son desfavorecidos económica y socialmente (Bourgois & Schonberg, 2009, p. 16). Es notable cómo en muchos de los discursos de consumidores/as en Quito también se deslegitima el consumo y a sí mismos cuando se ubican en la posición más baja de la que consideran es la jerarquía en la sociedad ecuatoriana. Cuando a través de discursos estas personas se clasifican como adictas y enfermas, hablan de su forma violenta de relacionarse o incluso de su situación de calle como parte de su adicción, se posicionan en un lugar específico, están reproduciendo y actuando en una realidad que ha sido construida a través de un poder simbólico como algo inalterable. Este poder simbólico establece un orden, lo reproduce y le da un sentido al mundo, pero también, a través de sistemas simbólicos son poderes que se imponen y legitiman realidades (Bourdieu, 2000).

La cuestión del espacio también es importante en este contexto. El *habitus* de las personas consumidoras de PBC está muy ligado al mundo urbano y a la vida de la calle. En este sentido, comparto con Wacquant (2001, p. 179) el que existe un tipo de marginalidad urbana que consolida una pobreza permanente a través de algunas lógicas estructurales. Esto es notable en todos los tipos de discursos analizados, y que enuncian que la adicción termina creando una brecha de desigualdad que es prácticamente imposible de superar. No solo los imaginarios contruidos alrededor de los/as consumidores/as de PBC fortalecen la exclusión social, sino que ésta se da incluso a nivel físico:

⁶ “...el poder simbólico es ese poder invisible que solo puede ejercerse con la complicidad de quienes no quieren saber que están sujetos a él o incluso que ellos mismos lo ejercen” (Bourdieu, 1991, p. 164). Trad. Propia.

⁷ Trad. Propia.

son personas que se agrupan en la calle, en determinados barrios que pasan a convertirse en zonas “prohibidas” de la ciudad, con seres “inhumanos” y peligrosos. Son, como dice Wacquant, lugares de exilio sobre los cuales además recae el peso del estigma de la pobreza relacionada con la criminalidad (2001, p. 179).

Dentro de los textos

La importancia de comparar los tres tipos de discursos es que conseguí distinguir puntos en común y diferencias en cada representación del cuerpo y la corporalidad de una persona joven consumidora de PBC, evitando así definir “verdades inequívocas” en los distintos discursos o caer en determinismos. Según Sepúlveda, alrededor de las drogas ilegales usualmente los discursos giran en torno a tres categorías: “un discurso médico-clínico-sanitario-terapéutico, un discurso jurídico-penal-criminológico, y un discurso policial-represivo” (1997, p. 103). Esto suele ser frecuente ya que muchas veces resulta imposible separar estas categorías al realizar un análisis sobre este tema, probablemente porque en la realidad son ámbitos que suelen estar entrelazados, aunque termina siendo limitante. Sin embargo, en mi tesis busqué analizar los discursos a partir de un enfoque en el consumo de PBC como práctica social para notar cómo, desde dónde y qué recursos se utilizan para construir estas representaciones, así como qué es lo que legitiman o deslegitiman.

Seguí el esquema de ACD que van Leeuwen (2008) propone y que consiste en identificar en los discursos los principales elementos de una práctica: los *actores* y las *acciones sociales*. Los/as actores/as sociales serían los/as participantes de esta práctica⁸ que aparecen representados en cada texto. Identifiqué en esta categoría a: los/as consumidores/as de drogas (en general), los/as consumidores/as de PBC, los/as familiares de consumidores, las instituciones de prevención y control y los/as expertos/as en el tema del uso de drogas (Guerrón, 2016, p. 25). Para el presente artículo, sólo voy a utilizar el análisis sobre el actor “consumidor de PBC”. Luego, identifiqué las acciones sociales que conformaban la práctica del consumo de PBC ya que me interesaba entender cómo estas acciones son transformadas en cada tipo de discurso, cómo se presenta cada acto: como una forma de hacer o de significar, tiene efectos materiales o no, qué actitud se está usando sobre esta acción o si es que es transitiva o no (¿a quién afectan?). Por ejemplo, se tiende a fetichizar a las drogas en discursos en los que la acción de consumo es representada de manera estática (Guerrón, 2016, p. 27). Además, analicé las reacciones de estas acciones, “las respuestas emotivas o eventos interiores que se añaden a la representación de la práctica social” (Guerrón, 2016, p. 26). Según van Leeuwen, las reacciones son tan importantes como las acciones y, “conforme el poder de los actores sociales disminuye, la cantidad de reacciones emotivas que se le atribuyen aumenta” (van Leeuwen, 2008, p. 56).

Textos de El Comercio⁹

Actor social

En el caso de estos textos de prensa, es frecuente que se trate el tema a partir del narcotráfico;¹⁰

8 Usé la definición de práctica social de Bourdieu, según quien ésta es un producto de “la relación dialéctica entre una situación y un habitus” (Bourdieu, 2012, p. 205).

9 En casi todos los artículos de prensa de este medio se explica el fenómeno desde entrevistas, por un lado, realizadas a fuentes expertas y por otro, se usa testimonios de consumidores. Al respecto, conviene citar a van Dijk, para quien “las propias estructuras de las noticias no son totalmente autónomas [...]. Por el contrario, lo que hacen es señalar la postura social del periodista, o las condiciones institucionales y económicas de los periódicos o de los otros medios de difusión” (2007, p. 177).

10 “En la búsqueda en la página web de El Comercio [realizada en el año 2015], se hallaron 29 artículos que mencionaban la “pasta base de cocaína” o “basuco” en relación con el Ecuador, de los cuales, 21 (72,4%) trataban temas de microtráfico, narcotráfico y criminalidad; 4 (13,8%) trataban del tema relacionado con el tratamiento y el consumo, y los otros 4 (13,8%) hablaban de la legislación sobre tenencia de esta droga” (Guerrón, 2016, p. 28).

cuando se trata de la *persona consumidora de drogas* es una persona genérica ("jóvenes drogodependientes") y se representa como una actora pasiva: víctima de circunstancias externas. El "consumidor de PBC" no es mencionado específicamente sino indirectamente luego de exponer cifras sobre microtráfico. Así, quien consume drogas, en estos textos, es una persona vulnerable con un "cuerpo traumatado" o un "cuerpo enfermo", ya sea por una experiencia propia o por causas familiares. En cuanto a sus relaciones sociales, se habla de vínculos familiares rotos (que también pasa a ser la causa del consumo). Usualmente en estas representaciones se asocia al "consumidor/a de drogas" con la pobreza y la marginalidad.

La representación de quienes consumen PBC es mucho más débil en este tipo de textos aún si la droga se nombra mucho cuando se habla de estadísticas, al ser una de las más consumidas (al menos en esos años). Otros textos incluso intercambian libremente el uso del nombre "cocaína" con el de "pasta base de cocaína", confundiéndolas. Un texto que habla sobre centros de rehabilitación presenta los comentarios "expertos", en este caso de un psicólogo y de los datos de la Dirección Nacional Antinarcoóticos. De esta manera, indirectamente se está representando al consumidor de PBC al enlazar ciertos argumentos de manera impersonal, por un lado, se lo asocia con el microtráfico y en seguida, con la adicción:

Las cifras de la Dirección Nacional Antinarcoóticos revelan que los decomisos de droga a microtraficantes (pequeños expendedores de droga) y de cargamentos que habrían estado destinados al microtráfico subieron desde el 2010 [...]

Delgado advierte sobre las consecuencias de un inicio temprano del consumo de drogas, especialmente de aquellas denominadas fuertes. "La adicción más difícil de tratar es la de la pasta base de cocaína, es terriblemente adictiva, e implica un tratamiento más intensivo, más profundo". (El Comercio, 2012).

Luego están los textos en los que la persona consumidora de PBC es representada de manera más empática al contar casos específicos, aunque contradictoria ya que se le asigna un rol pasivo o activo que siempre depende mucho de circunstancias externas:

Nancy llegó hace 40 días. Decidió internarse luego de 16 años de consumo. En el 2012 la apuñalaron en el sur de Quito y desde enero pasado vivía en un bosque. Fumaba pasta base de cocaína y solo salía para conseguir más dosis. No se duchaba y en las noches como cobija tenía un pedazo de plástico. Nada de eso la hizo tocar fondo. Fue su hija de 7 años. [...]

Melisa tiene dos pequeños de 9 y 7 años. El padre de sus hijos -relata- quemaba droga para dormirla. Así, se 'enganchó' inconscientemente. En el tiempo que permanecía bajo los efectos del estupefaciente, su pareja abusaba de los dos menores. (El Comercio, 2014b)

Este texto muestra dos representaciones, una con una agente activa que decide internarse para salvar su relación con su hija. En la segunda, se le asigna un rol pasivo, es literalmente sometida por su pareja y su adicción cuya causa es la influencia social. En estas citas resulta notorio que se "funcionaliza" a las actrices, se resalta que tienen el rol de madres (aunque no lo cumplen como "deberían") además del de consumidoras. Su identidad de consumidoras entonces está ligada y tiene una mayor carga moral cuando se menciona la maternidad. De paso hay que decir que cuando

se habla sobre la familia de aquellos que consumen drogas se le da un rol activo, ya sea la causante de la adicción o responsable de alguna manera, frente al rol pasivo de quien consume.

El Comercio, además de describir la parte psicológica del consumidor de PBC, también crea un retrato con características físicas que lo exponen, por ejemplo, se dice que están demacrados y se ven enfermos. A diferencia de la representación generalizadora del “consumidor de drogas” como enfermos convalecientes, en este caso es más la de una persona consumida por su adicción que ha perdido sus capacidades: “Víctor habla arrastrando levemente las palabras, con frases entrecortadas, como si le costase concentrarse” (El Comercio, 2012).

Luego en el texto se lo representa como delincuente asociando una característica física con este estilo de vida, enunciando así una relación “indiscutible”: “Una cicatriz apenas visible sobre su frente le recuerda aquella etapa de su vida. ‘Caí muy bajo. Empecé a robar para comprar la droga. Dormía bajo los puentes’” (El Comercio, 2012).

En este punto hay que notar cómo se pasa del cuerpo enfermo, pero que tiene alguna agencia a la de una persona antisocial como consecuencia directa del consumo de PBC. Esto es importante ya que se está *fetichizando* a la sustancia, identificándola como la única causa del estilo de vida y las prácticas de quienes la consumen. Esto impide hacer un análisis, por ejemplo, de los aspectos estructurales o de la vulnerabilidad social en la que se encontraba Víctor antes y durante su consumo patológico, “es precisamente allí en donde se radica la deshumanización propia de los discursos clínicos y socio sanitarios” (Guerrón, 2016, p. 36).

Acciones y reacciones sociales

La acción misma del consumo se representa como una que es material (porque modifica el mundo físico) transitiva (se destaca quiénes tienen agencia y quienes son afectados/as). En este caso, quien consume es afectado por otros actores con mayor poder (como la policía, los familiares, etc.), especialmente cuando se habla del primer consumo. La acción entonces es una conducta más en la cual está inmerso quien consume: “Un narco le regaló un paquete en la calle. Se ‘enganchó’ enseguida”. “Su cuñada la ayudó a internarse. Su madre no la acompañó. Ya no creía en ella” (El Comercio, 2014b).

Al hablar de un problema de consumo crónico se representa como transacción instrumental, el adicto se vuelve agente activo de su dependencia: “Con el tiempo empezó a utilizar a otros chicos. Compraba paquetes de droga a USD 2,50 y los vendían a unos centavos más. Así costaba su consumo” (El Comercio, 2014b).

Hay también acciones semióticas, que producen o transmiten significados, construyen un sentido a través del discurso o de imágenes y son muy frecuentes en textos periodísticos, en este caso para representar la trayectoria y en otros casos también se usa como lección preventiva o para demonizar directamente a la droga al asociarla con la delincuencia, la marginalidad y el fracaso.

Dice que junto con los amigos y la depresión de perder a uno llegaron las sustancias ilegales.

En su adolescencia se involucró en el alcohol, la marihuana, la pasta base de cocaína y el éxtasis. (El Comercio, 2013b).

Llegué al fondo -cuenta Efraín, de 33 años-. No pude terminar el colegio, mi familia se alejó, dormía debajo de puentes, era un mendigo... La droga me quitó todo. (El Comercio, 2013a)

En el 2012 la apuñalaron en el sur de Quito y desde enero pasado vivía en un bosque. Fumaba pasta base de cocaína y solo salía para conseguir más dosis. No se duchaba y en las noches como cobija tenía un pedazo de plástico. (El Comercio, 2014b)

Este tipo de representaciones decodificadas se presentan como acciones estáticas, con cualidades permanentes. En esos casos también la sustancia pasa a ser una entidad que está viva. Otro aspecto de este tipo de representación es que muestran una secuencia de acciones de causa-efecto sobre el consumo que no deja espacio para cualquier otro análisis.

En cambio, los textos periodísticos no incluyen muchas reacciones de quienes consumen drogas en los discursos, algo que resulta paradójico ya que son, en teoría, de quienes se habla en estos. En cambio, se incluyen muchas reacciones de expertos (psicólogos/as, médicos/as, policías e instituciones del Estado) que nunca son de tipo afectivo ni emocional, más bien son explicaciones teóricas del consumo, datos, relación con el tráfico de drogas, etc. "En este sentido, se puede decir que las reacciones ante el consumo de drogas en estos textos nos muestran una secuencia de acciones que no permiten incluir otro tipo de racionalidad que no parta desde un discurso psicológico o prohibicionista" (Guerrón, 2016, p. 39):

Guardó ese secreto y sintió que traicionaba a su papá. Los especialistas que lo trataron concluyeron que esa fue la causa de su adicción. (El Comercio, 2011).

Ricardo Loor, jefe de Control de Demanda de Drogas del Consep, considera importante la prevención desde las autoridades educativas y la familia. (El Comercio, 2014a).

Los textos institucionales del CONSEP

Actor social consumidor de PBC

Esta institución fue creada a partir de la puesta en vigencia de una ley según la cual el Estado tenía que proteger a las personas de los peligros del uso de sustancias, mientras contrarrestaba y luchaba contra los efectos del narcotráfico. Hasta el 2015, su misión principal era la de prevenir el consumo de drogas. Si bien la institución publicó varias obras de tipo académico, los documentos que analicé fueron aquellos de divulgación dirigidos a los familiares, empleadores y funcionarios públicos en relación con consumidores de drogas, en general.

En el discurso del CONSEP, que a su vez es la fuente experta de muchos de los artículos de prensa, el actor social que consume drogas también es uno pasivo, pero más que estar vencido por "la droga" (como en El Comercio), es un "sujeto", mero producto de la sociedad de consumo en la que se ha desarrollado y parte del contexto social (como algo inevitable): "Debemos asumir que las personas que desarrollaron una relación conflictiva con las drogas responden al sistema: son como el dolor a la enfermedad, un síntoma de él" (CONSEP, 2013, p. 19).

Se repite también el discurso psicologista pero además se incluyen razones fisiológicas, propias de un discurso científico, que han llevado a la persona a caer en las manos de la adicción: “Cuando un sujeto no produce o no activa natural y satisfactoriamente los neurotransmisores del placer, puede necesitar recurrir a drogas externas, sustancias estimulantes en una intención de equilibrarse (automedicarse)” (CONSEP, s. f.-a, p. 4).

De esta manera, ciertos individuos están predeterminados a sucumbir al consumo abusivo de sustancias, ya que por causas biológicas, psicológicas y sociales son proclives a la dependencia y la única solución es el acompañamiento que se proporciona en la rehabilitación.¹¹ Lo que es interesante es que a diferencia de la prensa esta institución no representa específicamente al consumidor de PBC ya que según su política de acción solo es una dificultad cuando el consumo es problemático y el comportamiento dependiente. Según van Leeuwen, sería una representación de “asimilación” a través de la “agregación”, es decir, se forman grupos de actores y se los trata como una estadística, él mismo resalta lo determinante de estas representaciones al considerar que “en nuestra sociedad, la mayoría manda, no solo en contextos donde se utilizan procedimientos democráticos formales para la toma de decisiones sino también y especialmente en otros” (van Leeuwen, 2008, p. 37). Por un lado, en el CONSEP esto se traducía en una campaña de prevención integral enfocada en poblaciones vulnerables. Por otro lado, el consumidor de PBC sí es incluido en encuestas sobre consumo de drogas, es decir, el actor se convierte en una estadística que forma parte de la fabricación de políticas y de la opinión pública.

De ahí que la representación que se hace en estos textos proviene más de los datos estadísticos del 2012 según los cuales, la persona consumidora de PBC es joven, estudiante y pertenece a un grupo muy reducido en comparación con quienes consumen marihuana. En el caso del género, el consumidor intenso es exclusivamente masculino y mayor a 16 años.

Las acciones y reacciones sociales

En los folletos de divulgación de esta institución, la acción de consumir drogas (no se especifica cuáles) es algo normal en la adolescencia, etapa en la cual básicamente no se tiene criterio alguno y es el deber de los padres y educadores controlar cualquier experimentación con sustancias de la manera más comprensible. En las “Guías de prevención” se encuentran más reacciones representadas, sobre todo las de los padres y empleadores y que son de carácter cognitivo: “Hay que evitar caer en el error de atribuir el conflicto a causas externas”. “Es necesario planear una estrategia de acercamiento. Esto nos servirá para conocer mejor lo que le ocurre a nuestro hijo y apoyarle más eficazmente” (CONSEP, s. f.-b, p. 6).

El discurso es otro en el texto dirigido a los técnicos de la institución que tratan de un uso abusivo de drogas y en el cual quien tiene la agencia es el Estado, ya que el sujeto ha perdido la capacidad de decisión y superación debido a su consumo. Es decir, quien consume está enfermo, es todo lo opuesto a una persona sana, productiva y activa. En estos textos la *desagenciación* es la representación más utilizada para el consumo, como si éste no tuviera ninguna relación con la voluntad de quienes lo realizan. En este sentido, se diferencia entre usuario y consumidor problemático, aunque más que

¹¹ Algo que resulta paradójico teniendo en cuenta el escaso número de centros públicos de rehabilitación para consumidores de drogas que existen en el país. Según el diario “La Hora” sólo existen 15 centros públicos de rehabilitación del consumo de drogas (Diario La Hora, 2013).

hacer referencia a la persona se trata la situación como un fenómeno:

Reconociendo que el fenómeno de las drogas es una más de las manifestaciones de atención posibles sobre los malestares más profundos de una sociedad, debe considerarse también la violencia sistemática intra y extra-hogar, a muchas formas del crimen, a la invisibilidad de los sujetos y su falta de oportunidades educativas y culturales. (CONSEP, 2013, p. 18)

El ser humano tiende a probar y descubrir nuevas experiencias, y obviamente esto no es ajeno a la adolescencia. (CONSEP, s. f.-b, p. 3).

Estos textos se enfocaban en la identidad de los consumidores, pero a través de la categorización en el grupo de usuarios de drogas de acuerdo con su edad, género y etnia¹², como ya se mencionó, solo a través de estadísticas, por lo que sería según van Leeuwen una acción no transitiva, tanto la acción y el actor social son significados a través de porcentajes.

Otra cuestión que llama la atención es que en estos textos no se habla directamente de la acción del consumo de drogas sino solo de “consumo” o “conflicto”, se usa nominalizaciones que hacen del concepto uno impersonal, lo alejan de la realidad concreta al convertir la acción en algo vago o indefinido:

La sociedad compulsivamente calla, al igual que lo haría un sujeto en adicción, evade su realidad, esa que hay que resolver, adicta a mantener un orden en medio de tanto desorden, consume cosas para calmar la ansiedad que produce el no poder enfrentar lo que le preocupa de verdad. (CONSEP, 2013, p. 25)

Está claro que este tipo de representaciones modelaba también los planes de acción de la institución, la misma que tenía una campaña de “lucha contra las drogas” en general. En este sentido, el Estado posicionaba a cualquier persona con un consumo abusivo de drogas como vulnerable: este sujeto adicto necesita de atención, de rehabilitación, necesita ser asistido y para ello tiene que acudir a un centro público que lo haga. El problema está en que una vez desligado de su contexto específico, el consumidor se vuelve invisible. Se evitaba la estigmatización, pero se generalizaba el problema. No interesa entonces la cuestión de la marginalidad en la que viven los consumidores de PBC, porque de ésta se pasa a encargar la Policía. Una vez que se es marginal, el consumo de drogas deja de interesarle al Estado como un problema de salud y pasa en seguida al campo de la delincuencia.

Lo que dicen los y las consumidores/as de PBC

Sobre sí mismos/as

En los textos de los consumidores la representación específica de su grupo está muy clara, sobre todo a nivel de cuerpo e identidad, de cómo su experiencia sensorial del consumo los construye y modela también su corporalidad. Se reconocen entre consumidores de PBC incluso al ver la manera de caminar del otro. Sin embargo, cuando hablan de “consumidores de drogas” en general, está muy presente el mismo elemento de los otros tipos de discursos que aluden como causante principal del consumo a traumas psicológicos, aunque no se entra en gran detalle. Esto cambia cuando se

¹² Por ejemplo, se hace una distinción con los pueblos indígenas, en cuyo caso el uso de plantas alucinógenas está justificado a través de la “ancestralidad”

refieren específicamente a la representación de la corporalidad de los consumidores de PBC, ya que tiene muchos más pormenores:

Nosotros tenemos una forma de hablar en coba, tenemos una forma de caminar, se podría decir con una maldad, yo era una de las personas que caminaba con maldad, tirando parada, como que se me subían los paquetes, o una persona que está escondiendo algo, que no quiere dejarse descubrir. (Grupo focal 2 2006).

Resalta claramente la centralidad que tiene la descripción del cuerpo y la corporalidad en estos discursos y cómo siempre se conecta con su identidad. Esto se manifiesta en dos aspectos principales: la autoimagen y los efectos fisiológicos. Comparto con Z. Pedraza, para quien la imagen corporal no se construye de manera racional, más bien sensorial y “cobra vida en la interacción de miradas y reacciones –la autopercepción, el reflejo especular, la mirada ajena, la propia reacción a ellas, la percepción de los otros-, en el ir y venir incesantes que perfilan activamente la propia imagen del cuerpo. Se trata sin duda de un fenómeno estético” (Pedraza, 2004, p. 63). Esta autopercepción está marcada por lo social pero también por lo emocional, los sentidos, lo físico, por clasificaciones identitarias, etc. Y en el caso de quienes consumen PBC también está determinada por esta práctica. En este punto, surge una gran contradicción para los/as consumidores/as: de cierta forma, han tomado la decisión de consumir y autodestruirse, pero, por otro lado, guardan la esperanza de dejar de hacerlo algún día y de que su cuerpo aguante hasta ese entonces.

Entonces, está la parte de su autoimagen relacionada con los aspectos psicológicos y emocionales. Se representan, por ejemplo, como personas egoístas, manipuladoras, sin una brújula moral, con ansiedad:

...yo era una persona bien chantajista, una persona manipuladora con mi forma de hablar yo cogía y sacaba lo que yo quería no, que era plata para poder consumir [...] vivía sólo en paranoia, asustado de que mi madre me vaya a ver, veía alucinaciones [...] sinceramente como que me comenzó a coger la locura. (Grupo focal 2 2006)

...es una droga sólida, altera el estado de ánimo, se esconden, están herméticos. (Entrevista 3 2015).

Luego, está el aspecto más corporal-físico-biológico, de representaciones con características físicas, efectos biológicos, corporalidad, gestos, etc. En este tema los discursos coinciden con los de El Comercio, por ejemplo, se acerca a la categoría del “cuerpo enfermo”, personas desmejoradas. Sin embargo, sus características físicas no solo son las de verse flacos y demacrados, son unas más específicas, vienen de la experiencia sensorial del consumo que literalmente los absorbe. Estos discursos además transmiten significados mediante los cuales se da el reconocimiento entre personas que consumen PBC: “Se me ve puro hueso, [...] es algo que le chupa a uno, le consume”. “Imagínese, con los pómulos salidos, los ojos hundidos, ojeras grandes, el pelo se le cae, se le ve más viejo” (Grupo focal 1 2006).

También están las auto representaciones de tipo más biológico que incluyen referencias a sus capacidades cognitivas con miedo de daños irreversibles, es decir, se proyectan los efectos posteriores, un rasgo que también formaría parte de su corporalidad:

...con el basuco tienes una cuestión de que es hijue puta para el cuerpo. Sí te saca la madre. O sea, eso es algo latente. Yo siempre voy a pensar de que en algún momento me puedo volver loco o solo quedarme colgado. (Entrevista 4 2015).

Al final de cuentas se van acabando neuronas del cerebro, que poco a poco el cuerpo le sigue pidiendo más químico y el cerebro se sigue atrofiando. (Grupo focal 1, 2006).

Constantemente se habla de la ansiedad, de la tristeza, de la soledad y el arrepentimiento como parte de este cuerpo enfermo frente al cual la mirada de desprecio del Otro es determinante y se manifiesta en cualquier espacio en el que se encuentren: "...porque una gente que nos ve dice: 'mira, mira, por ahí va ese muchacho que siempre pasa fumando, ese es el que sabe estar tomando', entonces se aleja de uno porque le da miedo de pegarse a eso" (Grupo focal 1 2006).

A diferencia del CONSEP, la adicción más que representarse como una relación conflictiva con la sustancia, está basada en cuestiones sensoriales y afectivas (necesidades, sentimientos y deseos específicos), muy relacionadas con la corporalidad, por un lado, pero también con el poder simbólico que ya los ha posicionado en un lugar muy específico de la sociedad:

Somos, como quien dice, el excremento de la sociedad, ¿no?, o sea somos seres muy poco valorados. (Grupo focal 2 2006).

...llegué aparte de mendigar en las calles, llegué a fondos como prostituirme en las calles y con homosexuales. (Grupo focal 1 2006).

Para Bourgois es un error pensar en los consumidores de drogas marginados como actores pasivos. Su acción de consumo debería ser entendida desde "la experiencia individual de niveles intolerables de sufrimiento entre las personas socialmente vulnerables (que a menudo se manifiesta en forma de violencia interpersonal y la autodestrucción) establecida en el contexto de las fuerzas estructurales [...] y encarnada en manifestaciones de angustia" (Bourgois & Schonberg, 2009, p. 16).

Extendiendo esta temática, se encuentra en estos discursos una relación tácita entre cómo este consumo específico tiene efectos sobre la corporalidad y la identidad que les permiten adaptarse a la vida callejera. Al consumir dicen afinar sus sentidos, inapetencia, no sentir frío y estar más agresivos, aspectos necesarios para soportar este tipo de situación. De esta manera, el espacio de calle se vuelve un componente muy asociado a la auto representación de persona consumidora de PBC:

Cuando fumo, mi organismo trabaja más, estoy más atenta, escucho más y cuando estoy histérica, me calma. (Entrevista 3, 2015).

Y vos tienes la generalidad del uso el basuco que se dan situaciones de calle por una lógica que es bastante clara. Una, es barato; aparte el basuco te quita el hambre, te quita el frío y te pone un poco más atento. Entonces si vos eres una persona en situación de calle y es de noche, entonces es mejor no tener frío y estar alerta porque reconoces todos los peligros que te involucra la ciudad, que te involucra la noche en la ciudad. (Entrevista 4, 2015)

Cada relato suele tener una especificación muy personal del conflicto interno en el que viven y que para ellos es la verdadera causa de su adicción:

Porque mi madre era una de las personas que no pasaba en la casa, yo pasaba solo, botado en la casa y para llamar la atención yo salía a consumir, para decir: 'mamá estoy aquí, quiero que me presten atención, quiero que me den un abrazo', decía eso, eso pensaba yo. (Grupo focal 2 2006)

Sin embargo, también se reciclan discursos al hablar de su práctica de consumo, en especial aquellos que la vinculan con la vida callejera: "Te lleva [el consumo] de una u otra forma, te lleva a estar en las calles, mendigando, aparte de comida, plata, robando para sustentar tu consumo" (Grupo focal 1, 2006).

Conjuntamente su auto imagen, su situación material, su experiencia de vida, la mirada de los demás, compone esta auto representación que termina profundizando la violencia simbólica, manteniendo un ciclo de aislamiento y de marginalización:

...al principio cuando consumía, con otro compañero que estaba sentado al lado decíamos: 've, ese man es fumón' decíamos, o 'ese man viene consumiendo', pero luego ya no era eso sino venían y me decían: 'habla, drogadicto fumón', me gritaban en la cara. (Grupo focal 1 2006)

Como propone Epele, son personas en quienes se ha incorporado "la fragilidad, precariedad y violencia cotidiana que los procesos económicos, políticos e institucionales han normalizado como expectativa de vida en estas poblaciones" (Epele, 2010, p. 253).

Acciones y reacciones sociales de la práctica de consumo de PBC

En estos textos se resaltaron muchas reacciones emocionales, cognitivas y corporales, así como acciones individuales con impacto colectivo. En estas secuencias de acciones y reacciones sobresalen las contradicciones que viven estas personas entre autodestrucción y resistencia, marginalidad y solidaridad, por ejemplo. Su cuerpo e identidad es el principal territorio de conflicto subjetivo, pero también muy real.

En cuanto a las acciones, están las transitivas y las no transitivas. Las primeras ubican a la sustancia como agente social, como entidad viva que de cierta manera resulta una compañía también. Al contrario, las acciones no transitivas tienen como actor social a sí mismos y se representan desde los efectos que tiene el consumo en ellos, una acción que resulta terriblemente dañina por sus consecuencias corporales y morales: "...cuando fumo, solo soy violenta cuando me desesperan" (Entrevista 4 2015). "...uno cuando está consumiendo bastante, uno mismo se está acabando por dentro" (Grupo focal 1 2006).

Las representaciones de acciones semióticas se encuentran cuando se describe el momento mismo del consumo y el significado que se le asigna, o cuando se habla de cómo otras personas reaccionan a su consumo:

...a uno no le importa, puede hacer lo que sea, no le importa, pero después de un rato le da

una paranoia. (Grupo focal 1 2006).

...porque una gente que nos ve dice: 'mira, mira, por ahí va ese muchacho que siempre pasa fumando, ese es el que sabe estar tomando', entonces se aleja de uno porque le da miedo de pegarse a eso. (Grupo focal 1 2006).

Sepúlveda, al respecto, que quien consume PBC "no encuentra una posibilidad de resignificación que le permita enfrentarse al objeto de consumo en forma apropiatoria [...]. La pasta desborda al 'pastero' no solo por sus efectos fisiológicos sino sobre todo porque el 'pastero' asimila las imágenes culturales que cargan de un significado el consumo de pasta base" (Sepúlveda, 1997, pp. 103-112). La acción en estos textos, al igual que en los del CONSEP, es nominalizada y no tratada directamente, se refieren a ella como "el vicio", "el consumo", etc.

Otra manera de representar la acción del consumo es a través de la naturalización o existencialización del mismo. Como si es natural hacerlo, es una tendencia normal. En este sentido, se quitan agencia, se eventualiza la acción, como si formara parte inevitable de la sociedad en la que viven o de su situación económica: "También por la situación económica que vive este país, los fracasos, los divorcios, las idas a España, todo eso, las personas adultas últimamente están cayendo en ese vicio de las drogas, alcohol y drogas, se ven muy deteriorados" (Grupo focal 1 2006).

Al igual que sucede con los textos de la prensa, este tipo de eventualizaciones puede convertirse en generalizaciones, por ejemplo, cuando se dice que el consumo de PBC lleva a la delincuencia. Aún más cuando están en una situación de calle, se normaliza la delincuencia como forma de sobrevivencia, especialmente para sustentar su consumo:

...la base de cocaína es una droga que nos lleva a la delincuencia porque uno no sabe de dónde sacar más dinero. (Grupo focal 1 2006).

...que uno se coja una cosa de la casa ya es delincuente en su propia casa. (Grupo focal 1 2006)

La otra cara de la eventualización de la delincuencia es la representación de la solidaridad entre consumidores, a la que se suele hacer referencia en los discursos que topan el tema de la vida callejera. Dado que quienes consumen tienen el objetivo común de buscar dinero para comprar más, se forman relaciones sociales que constituyen una compañía y una manera de facilitar la vida de la calle mencionan, por ejemplo, la importancia del compartir comida y espacios, relaciones que de todas maneras no están libres de una multitud de conflictos y violencias. Detrás de este proceso se está escondiendo, según Bourgois, "un fenómeno políticamente estructurado que engloba múltiples relaciones abusivas, tanto estructurales como personales" (Bourgois & Schonberg, 2009, p. 16). Son posicionados, tanto en los discursos oficiales como en su propia autopercepción, como seres que no merecen ni tienen muchas más opciones en su vida. Esta marginalidad también se expresa tanto a nivel espacial como económico. Como plantea Wacquant (2001), están en el polo de la pobreza, que los excluye determinadamente en la calle, incapaces de acceder a otro contexto, como por ejemplo, el laboral. Tan solo aptos para el consumo. Su destino ha sido ya definido.

En estos textos también resaltaron muchas reacciones emocionales, cognitivas y corporales. Se

puede generalizar y decir que el consumo de PBC se representa en estos textos como una reacción afectiva, muy relacionada con la familia y su código ético. Su *habitus* familiar se enfrenta con el *habitus* de consumidor de PBC:

...por eso nos metemos en el alcohol y las drogas, porque supuestamente no nos quieren en la familia. (Grupo focal 1 2006).

...cuando uno está así le da una depresión que se quiere suicidar, a veces no le importa, con cualquier tipo de droga. (Grupo focal 1 2006).

Yo creo que es para tratar de llenar un vacío que siento, que sentía yo, y llamar la atención de mis padres. (Grupo focal 2 2006)

Hay también reacciones cognitivas o racionalizaciones que dan como explicación motivos estructurales como el desempleo, aspectos de la “sociedad moderna” o cuestiones psicológicas:

Yo pensaba que ya no servía para nada. (Grupo focal 2 2006)

Yo pienso que, en la desocupación, bastante sí se ha dado un auge de la drogadicción. (Grupo focal 2 2006)

Yo creo que más bien las drogas son una consecuencia de la sociedad moderna y... porque son tantos factores. (Grupo focal 2 2006)

Las reacciones perceptivas aparecen al hablar del momento propio del consumo y están relacionadas con el cuerpo y la corporalidad. Suelen ser representadas como algo muy íntimo y personal que tiene implicaciones emocionales, físicas y psicológicas.

Conclusión

En los tres tipos de discursos es usual entender la situación de marginalidad como una consecuencia directa de la adicción que es causada, a su vez, por traumas psicológicos. Se nota de esta manera un reciclaje de discursos oficiales en los discursos de los consumidores, que da cuenta de un orden establecido en el cual quienes consumen PBC terminan ineludiblemente en las calles, como marginales y delincuentes.

En los discursos oficiales esta situación de marginalidad no es analizada ni cuestionada, sino planteada como un desarrollo “natural” de la adicción. De esta manera, se dejan de lado todos los aspectos sociales y afectivos que, al contrario, sí se encuentran, aunque a veces de manera tímida, en los discursos de los consumidores, que solo al hablar de sus casos personales ya dan cuenta de que el conflicto de estas personas, al igual que su cuerpo y corporalidad, está íntimamente relacionado tanto con sus vivencias y experiencias internas como con factores externos y estructurales.

En los artículos de prensa, se refuerza la conexión entre delincuencia y marginalidad. Todos los adictos, en especial aquellos que consumen PBC y son pobres, son personas enfermas, cuerpos traumatizados que pierden su valor social. “La droga”, entonces, se convierte en representación simbólica que enfrenta a los ‘normales’ y los ‘desviados’ en una dicotomía perversa” (Sepúlveda, 1997, pp. 103-104). De esta forma se crea una polarización en la cual se fortalecen aquellas valoraciones. No hay cabida

para cuestionarse, por ejemplo, qué sucede con quienes consumen PBC, pero tienen un trabajo o una posición social que les permite no ser marginados ni tener que recluirse en la calle para consumir, es decir, consumidores de PBC que no están insertos en este ciclo de violencia simbólica.

El caso de los textos del CONSEP es muy significativo, ya que muestra desde dónde se fabricaban las políticas públicas. Al posicionar a los consumidores de PBC como jóvenes desviados o sujetos dependientes, se los *pasiviza* y a su vez, se invisibiliza el problema de la marginalidad. El Estado entonces, opera bajo una lógica que en teoría busca solucionar un problema psicológico, pero sin acompañarlo con una estructura e infraestructura que permita hacerlo. Más bien se establecen políticas que penalizan todo tipo de consumo, sin atender a la realidad de cada contexto. Al no relacionar el tema de la marginalidad asociada al consumo de PBC, los y las consumidores/as solo se convierten en parias, se relacionan con la pobreza, la delincuencia y la criminalidad, cuestiones frente a las cuales el Estado actúa mediante otro tipo de violencia (a través de la Policía).

En los discursos de los y las consumidores/as, en cambio, se nota como son “cognoscentes” de las realidades que sobre ellos se han construido. Para Bourgois, posiblemente su comportamiento es una reacción a la exclusión: “quizá por eso actúan en una relación destructiva con la sociedad y consigo mismos, drogándose compulsivamente, maltratando sus cuerpos de modo antihigiénico, causando violencia, dolor y gastos económicos a la sociedad que los excluye, hiriéndose a sí mismos y a quienes los rodean” (Bourgois, 2013, p. 19). Son un grupo en el que sus miembros se reconocen a sí mismos como personas enfermas y atravesadas por conflictos tanto personales como externos.

Precisamente al aceptar como un determinismo su situación marginal los consumidores de PBC son agentes cognoscentes que “contribuyen a producir la eficacia de aquello que los determina en la medida en que lo estructuran” (Bourdieu & Wacquant, 2005, p. 240). Su puesto de “excluidos” en la jerarquía social ya ha sido naturalizado y continúan reproduciéndolo a través de la delincuencia, de la violencia y de esa pérdida de cualquier esperanza en la que se hallan sumidos. Es decir, están insertos en un ciclo de violencia simbólica. Cargan con su culpa que se vuelve aún más pesada ante la mirada del Otro. Esta culpa se convierte en un obstáculo para llegar a conocer realmente los mecanismos que operan no solo en su adicción, sino en la situación de marginalidad en la que permanecen.

Referencias

- Álvarez, W. (2014). *Sobreviviendo con la pipa: Drogas, violencia y conflictos interétnicos en El Paraíso* [Tesis para obtener el título de Maestría en Antropología, FLACSO sede Ecuador]. <http://hdl.handle.net/10469/6723>
- Andrade, X. (1992). *Atrás de los perversos: Para una crítica antropológica de las drogas* [Tesis para obtener la Licenciatura en Antropología Social]. Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Ayerbe, D., & Salao, E. (2008). *El sujeto entre el goce y el deseo en la adicción a drogas* [Disertación previa a la obtención del título de Psicólogo/a Clínico/a]. Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Bourdieu, P. (1991). *Language and symbolic power*. Polity Press.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000). Sobre el poder simbólico. En *Intelectuales, política y poder* (pp. 65-73). UBA/

Eudeba.

Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI.

Bourdieu, P. (2012). *Bosquejo de una teoría de la práctica*. Prometeo Libros.

Bourdieu, P., & Wacquant, L. J. D. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Siglo XXI.

Bourgois, P. (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Siglo XXI.

Bourgois, P. (2013). Las contradicciones entre la guerra contra las drogas y la salud pública: Una perspectiva antropológica del universo toxicómano de las calles estadounidenses. En R. Tenorio (Ed.), *Drogas, usos y prevenciones* (pp. 13-21). CONSEP, El Conejo.

Bourgois, P., & Schonberg, J. (2009). *Righteous dopefiend*. University of California Press.

CONSEP. (s. f.-a). *Guía sobre dependencia de las drogas*. Folleto informativo.

CONSEP. (s. f.-b). *Guía sobre orientación preventiva*. Folleto informativo.

CONSEP. (2013). *Usos, consumos de drogas y prevenciones*. CONSEP.

Diario La Hora. (2013, diciembre 1). Rehabilitación, sólo hay 15 centros públicos. <https://lahora.com.ec/noticia/1101599765/rehabilitacion-solo-hay-15-centros-publicos>

El Comercio. (2011, septiembre 4). Alerta a los signos del consumo de droga. *El Comercio*. <http://www.elcomercio.com/actualidad/seguridad/alerta-a-signos-del-consumo.html>

El Comercio. (2012, agosto 26). El adicto a las drogas, sin tratamiento. *El Comercio*. <http://www.elcomercio.com/actualidad/seguridad/adicto-a-drogas-tratamiento.html>

El Comercio. (2013a, septiembre 8). Un tratamiento de seis meses para alejarse de la adicción a las drogas. *El Comercio*. <http://www.elcomercio.com/tendencias/tratamiento-seis-meses-alejarse-adiccion.html>

El Comercio. (2013b, octubre 27). Alumnos que consumen droga, con poca ayuda. *El Comercio*. <http://www.elcomercio.com/actualidad/seguridad/alumnos-que-consumen-droga-ayuda.html>

El Comercio. (2014a, junio 29). El drama de los jóvenes con adicción a las drogas. *El Comercio*. http://www.elcomercio.com/app_public_pro.php/actualidad/jovenes-superan-adiccion-drogas.html

El Comercio. (2014b, octubre 10). El único centro público para tratar la adicción a la droga está al límite. *El Comercio*. <http://www.elcomercio.com/actualidad/unico-centro-publico-tratar-adiccion.html>

Elgindy, A., & Sanchez, M. (2025). Recognising the Misrecognised: Unmasking Symbolic Violence in our Social World and the Role of Translation. *Söylem Filoloji Dergisi*, 10, 434-448. <https://doi.org/10.29110/soylemdergi.1601430>

Epele, M. (2010). *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Paidós.

Escohotado, A. (1995). *Aprendiendo de las drogas. Usos y abusos, prejuicios y desafíos*. Anagrama.

Escohotado, A. (2004a). *Historia de las drogas: Vol. I*. Alianza.

Escohotado, A. (2004b). *Historia de las drogas: Vol. II*. Alianza.

Guerrero, B. (1998). *Hasta que el cuerpo aguante. La dinámica socio-cultural del consumo de drogas*. El Jota Errante.

Guerrón, A. (2012). *Jóvenes en Quito: Nuevas identidades urbanas*. Fondo Editorial Ministerio de Cultura del Ecuador.

- Guerrón, A. (2016). *Discursos en torno al cuerpo de los jóvenes consumidores de pasta base de cocaína en Quito* [Tesis de disertación de grado para la Maestría en Estudios de la Cultura. Mención en Comunicación]. Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Área de Letras.
- Le Breton, D. (1995). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Ediciones Nueva Visión.
- Pardo, N. G. (2002). Introducción. El análisis del discurso en las Ciencias Sociales. *Curso Internacional: Análisis del discurso en las ciencias sociales, la cultura y el territorio. Memorias*, 11-29.
- Pedraza, Z. (2004). Intervenciones estéticas del yo sobre estético-política, subjetividad y corporalidad. En C. Laverde, G. Daza, & Zuleta (Eds.), *Debates sobre el sujeto. Perspectivas contemporáneas* (pp. 61-72). Siglo del Hombre Editores, Departamento de Investigaciones de la Universidad Central.
- Sepúlveda, M. (1997). El silencio de los angustiados: Contextos discursivos en el consumo de la pasta base de cocaína. En M. Hopenhayn (Ed.), *La grieta de las drogas. Desintegración social y políticas públicas en América Latina* (pp. 103-112). Naciones Unidas.
- Tenorio, R. (2002). *Drogas. Usos, lenguajes y metáforas*. Abya-Yala.
- van Dijk, T. A. (2007). *Estructuras y funciones del discurso. Una introducción interdisciplinaria a la lingüística del texto y a los estudios del discurso*. Siglo XXI.
- van Leeuwen, T. (2008). *Discourse and practice. New tools for critical discourse analysis*. Oxford University Press.
- Wacquant, L. J. D. (2001). *Parias urbanos: Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Manantial.